MAESE ZACARÍAS

UN DRAMA EN LOS AIRES

OBRAS ESCRITAS EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

ALMACENES DE LIBROS

10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

MADRID

OBRAS COMPLETAS DE JULIO VERNE

ILUSTRADAS CON GRABADOS

VAN PUBLICADAS

	Ptas.	Cts.
Los Ingleses en el Polo Norte	»	75
El Desierto de Hielo	1	»
Cinco Semanas en Globo. (1.ª parte.)	1	»
Cinco Semanas en Globo. (2.ª parte.)	1	»
Viaje al Centro de la Tierra	1	»
Los Hijos del Capitán Grant en la América del Sur	»	75
Los Hijos del Capitán Grant en la Australia	1	»
Los Hijos del Capitán Grant en el Océano Pacífico	1	»
De la Tierra á la Luna	»	75
Alrededor de la Luna. (2.ª parte De la Tierra á la Luna)	1	25
Un Descubrimiento Prodigioso	»	50
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (1.ª parte: Del Atlántico al Pacífico.)	1	»
Veinte mil Leguas de Viaje Submarino. (2.ª parte: Del Pacífico al Atlántico.)	1	25
Una Ciudad Flotante	»	75
De Glasgow á Charleston	»	50
Aventuras de tres Rusos y de tres Ingleses en el Africa Austral	1	»
Un capricho del Doctor Ox	»	75
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (1.ª parte.)	1	»
La Vuelta al Mundo en Ochenta días. (2.ª parte.)	1	»
Una Invernada entre los Hielos. (El Capitán Cornbutte.)	»	50
Maese Zacarías.—Un Drama en los Aires.—Estas dos novelitas encuadernadas bajo una cubierta	»	50
La Isla Misteriosa. (1.ª parte: Los Náufragos del Aire.)	1	25
La Isla Misteriosa. (2.ª parte: El Abandonado)	1	25
La Isla Misteriosa. (3.ª parte: El Secreto de la Isla.)	1	25
El Chancellor	1	»
Martín Paz	»	50
El País de las Pieles. (1.ª parte.)	1	25
El País de las Pieles. (2.ª parte.)	1	25
Los Grandes Viajes y los Grandes Viajeros	1	»
Miguel Strogoff. (1.ª parte.)	1	25
Miguel Strogoff. (2.ª parte.)	1	25
Las Indias Negras	1	25
Héctor Servadac. (1.ª parte.)	1	25
Héctor Servadac. (2.ª parte.)	1	25
Un Capitán de Quince Años. (1.ª parte.)	1	25
Un Capitán de Quince Años. (2.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (1.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (2.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (3.ª parte.)	1	25
Los Descubrimientos del Globo. (4.ª parte.)	1	25
Los Quinientos Millones de la Princesa	1	25
Los Amotinados de la Bounty.—Un Drama en Méjico.—Estas dos novelitas, encuadernadas bajo cubierta	»	50
Las Tribulaciones de un chino en China	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (1.ª parte.)	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (2.ª parte.)	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (3.ª parte.)	1	25
Los Grandes Navegantes del siglo XVIII. (4.ª parte.)	1	25
La Casa de Vapor. (1.ª parte.)	1	»
La Casa de Vapor. (2.ª parte.)	1	»
La Casa de Vapor. (3.ª parte.)	1	»
La Casa de Vapor. (4.ª parte.)	1	»
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (1.ª parte.)	1	»
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (2.ª parte.)	1	
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (3.ª parte.)	1	
Los Grandes Exploradores del siglo XIX. (4.ª parte.)	1	»
La Jangada (1.ª parte.)	1	»
La Jangada. (2.ª parte.)	1	»
La Jangada. (3.ª parte.)	1	»
La Jangada. (4.ª parte.)	»	75
Diez Horas de Caza	»	75
El Rayo Verde. (1.ª parte.)	1	»
El Rayo Verde. (2.ª parte.)	1	»
Escuela de los Robinsones. (1.ª parte.)	1	»
Escuela de los Robinsones. (2.ª parte.)	1	»
Kerabán el Testatudo (1.ª parte.)	1	»
Kerabán el Testarudo. (2.ª parte.)	1	»
Kerabán el Testarudo. (3.ª parte.)	1	»
Kerabán el Testarudo. (4.ª parte)	1	»
El Archipiélago de Fuego. (1.ª parte.)	1	»
El Archipiélago de Fuego. (2.ª parte.)	1	»
La Estrella del Sur. (1.ª parte.)	1	»
La Estrella del Sur. (2.ª parte.)	1	»
Matías Sandorf. 1.ª parte)	1	»
Matías Sandorf (2.ª parte.)	1	»
Matías Sandorf (3.ª parte.)	1	»
Matías Sandorf. (4.ª parte.)	1	»
Matías Sandorf. (5.ª parte.)	1	»
Robur el Conquistador. (1.ª parte.)	1	»
Robur el Conquistador. (2.ª parte.)	1	»
Un Billete de Lotería. (1.ª parte.)	1	»
Un Billete de Lotería. (2.ª parte.)	1	»
Norte contra Sur (cuaderno 1.º)	1	»
Norte contra Sur (cuaderno 2.º)	1	»
Norte contra Sur (cuaderno 3.º)	1	»
Norte contra Sur (cuaderno 4.º)	1	»
El Náufrago del Cynthia (cuaderno 1.º)	1	»
El Náufrago del Cynthia (cuaderno (2.º)	1	»
El camino de Francia (cuaderno 1.º)	1	»
El camino de Francia (cuaderno 2.º)	1	»
Dos años de vacaciones (cuaderno 1.º)	1	»
Dos años de vacaciones (cuaderno 2.º)	1	»
Dos años de vacaciones (cuaderno 3.º)	1	»
Dos años de vacaciones (cuaderno 4.º)	1	»
Familia sin nombre (cuaderno 1.º)	1	»
Familia sin nombre (cuaderno 2.º)	1	»
Familia sin nombre (cuaderno 3.º)	1	»
Familia sin nombre (cuaderno 4.º)	1	»

Los Editores han adquirido el derecho exclusivo de dar á luz en idioma español todas las nuevas producciones de Julio Verne.—Estas obras se hallan de venta en las principales librerías de Madrid, Provincias, Ultramar y Extranjero.

OBRAS DE ESPRONCEDA

Ilustradas con grabados.

50 CÉNTIMOS CADA CUADERNO

El Diablo Mundo.—Un cuaderno.
El Estudiante de Salamanca.—Un cuaderno
Poesías varias.—Un cuaderno

C-1767

JULIO VERNE



MAESE ZACARÍAS

IMPRENTA Y LIBRERIA
CUELLS BASTIDA
BARCELONA

MAESE ZACARÍAS

UN DRAMA EN LOS AIRES

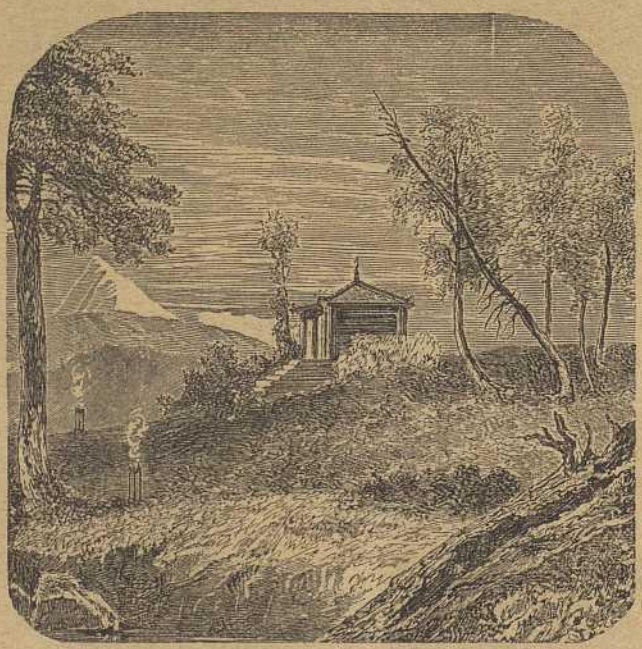
OBRAS ESCRITAS EN FRANCÉS

POR

JULIO VERNE

VERSIÓN ESPAÑOLA

EDICIÓN ILUSTRADA CON GRABADOS



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

ALMACENES DE LIBROS

10, CALLE DE CAMPOMANES, 10

Es propiedad de los Editores.

IMPRENTA DE ENRIQUE RUBIÑOS, PLAZA DE LA PAJA, 7 BIS. MADRID



UN DRAMA EN LOS AIRES.

En el mes de setiembre de 185... llegué á Francfort, sobre el Mein. Mi tránsito por las principales ciudades de Alemania habia sido brillantemente señalado por ascensiones aerostáticas; pero hasta aquel dia ningun habitante de la confederacion me habia acompañado en la barquilla, y los bellos esperimentos hechos en París por MM. Green, Eugenio Godard y Poitevin no habian podido decidir todavía á los graves alemanes, á aventurarse por los caminos aéreos.

Sin embargo, tan pronto como se esparció por Francfort la noticia de una ascension próxima, pidieron tres notabilidades el favor de marchar conmigo. Dos dias despues debíamos subir desde la plaza de la Comedia. Me ocupé en preparar inmediatamente mi globo. Era de seda preparada con gutapercha, sustancia inatacable por los ácidos y los gases, de impermeabilidad absoluta, y cuyo volúmen, que media tres mil metros cúbicos, les permitia elevarse á las mayores alturas.

El dia de la ascension era el de la gran feria de setiembre que atrae tanta gente á Francfort. El gas de alumbrado, de una cualidad perfecta y de gran fuerza ascensional, me habia sido suministrado con escelentes condiciones y sobre las once de la mañana estaba el globo henchido en sus tres cuartas partes, requisito indispensable, porque á medida que se efectua la elevacion, las capas atmosféricas disminuyen en densidad y el flúido encerrado en el globo adquiriendo mayor elasticidad podria romper la envoltura. Mis cálculos me habian dado exactamente la cantidad de gas necesario para llevar á mis compañeros conmigo.

Debíamos partir á medio dia. Magnífico era el golpe de vista de aquella multitud impaciente que apiñándose alrededor del recinto reservado, inundaba la plaza entera, rebosaba por las calles inmediatas y entapizaba las casas de la plaza desde el piso bajo hasta los aleros del emparrado. Los grandes vientos de los dias anteriores habian cesado, y un calor que

abrumaba caia del cielo sin nubes. Ni un solo soplo agitaba la atmósfera. Con semejante tiempo podia bajarse al sitio mismo de donde se subia.

Me llevaba trescientas libras de lastre, repartidas en sacos; la barquilla completamente redonda, de cuatro pies de diámetro por tres de profundidad, estaba cómodamente instalada. La red de cáñamo que la sostenia se estendia simétricamente sobre el hemisferio superior del globo; la brújula estaba en su sitio; el barómetro se hallaba suspendido en el aro que reunia las cuerdas de sostenimiento, y el ancla se habia preparado cuidadosamente. Podiamos marchar sin recelo.

Entre las personas que se apiñaban alrededor del recinto observé á un jóven pálido, de facciones alteradas. Su vista me impresionó. Era un espectador asiduo de mis ascensiones, á quien habia encontrado ya en varias ciudades de Alemania. Con aire inquieto contemplaba ávidamente la curiosa máquina que permanecia inmóvil á algunos pies del suelo, y estaba silencioso entre todos sus vecinos.

Dieron las doce. Era el momento. Mis compañeros de viaje no aparecian.

Envié al domicilio de cada uno de ellos y supe que el uno se habia marchado á Hamburgo, el otro á Viena y el tercero á Lóndres. Les habia flaqueado el corazon en el momento de emprender una de esas escursiones que, gracias á la habilidad de los aeronautas actuales, carecen de todo peligro. Como hasta cierto punto formaban parte del programa de la funcion, les entró el recelo de que les obligasen á ejecutar fielmente su compromiso, y se habian escapado lejos de la escena en el instante en que el telon debia levantarse. Su valor estaba evidentemente en razon inversa del cuadrado de su velocidad... en tomar las de Villadiego.

La multitud, medio burlada, demostró su mal humor. No vacilé en partir solo. A fin de restablecer el equilibrio entre el peso específico del globo y el que debia llevar, reemplacé á mis compañeros con sacos de lastre y entré en la barquilla. Los doce hombres que retenian el aparato por doce cuerdas fijadas al círculo ecuatorial, las dejaron correr un poco y el globo se separó algunos pies del suelo. No habia el menor soplo de aire, y la atmósfera parecia infranqueable por su pesadez de plomo.

—¿Está todo dispuesto?—esclamé.

Los hombres se dispusieron. La última inspeccion me demostró que podia arrancar.

—¡Atencion!

Hubo entre la multitud cierta agitacion, y me pareció que invadian el recinto.

—¡Soltadlo todo!

El globo se elevó lentamente, pero esperimenté una conmocion que me tiró al fondo de la barquilla.

Cuando me levanté me encontré en frente de un viajero imprevisto, el jóven pálido.

—Tengo el gusto de saludaros, caballero,—me dijo con tono flemático.

—¿Con qué derecho?...

—¿Estoy aquí?... Con el derecho que me da la imposibilidad de que me despidais.

Yo estaba anonadado. Aquel aplomo me desconcertaba y nada tenia que responcer.

Miré al intruso, pero ningun cuidado le daba de mi asombro.

Y sin esperar mi asentimiento, aligeró el globo tirando dos sacos de lastre en el espacio.

—¡Caballero,—le dije entonces, adoptando el único partido posible,—habeis venido... bien! ¡Os quedareis... bien!... pero la direccion del globo me corresponde á mí solo.

—Caballero,—respondió,—vuestra urbanidad es completamente francesa. Es del mismo pais que yo. Os estrecho moralmente la mano que me retirais. Tomad vuestras medidas y obrad del modo que me mejor os parezca. Aguardaré á que concluyais...

—¿Para?...

—Para hablar con vos.

El barómetro habia descendido á veintiseis pulgadas.

Estamos próximamente á seiscientos metros de altura sobre la ciudad, mas nada revelaba el movimiento horizontal del globo, porque es la masa de aire en que se encuentra la que anda con él. Una especie de calor nebuloso bañaba los objetos que estaban debajo de nosotros y daba á sus contornos una indecision que era de sentir.

Examiné de nuevo á mi compañero.

Era hombre de unos treinta años, modestamente vestido. El rudo perfil anguloso de sus facciones denotaba una energía indomable y parecia sumamente muscoloso. Entregado por entero á la admiracion que le causaba esta ascension silenciosa, permanecia quieto tratando de distinguir los objetos que se confundian en un vago conjunto.

—¡Qué bruma tan incómoda!—dijo despues de algunos instantes.

No respondí.

—¡Me teneis rencor!—repuso.—¡Bah! Yo no podia pagar el viaje, y por consiguiente no habia otro medio que entrar por sorpresa.

—Nadie os ruega que bajeis, caballero.

—¡Eh! ¿No sabeis que lo mismo les sucedió á los condes de Laurencin y de Dampierre cuando se elevaron en Lyon el 15 de enero de 1784? Un jóven negociante, llamado Fontaine, escaló la barquilla con riesgo de hacerla zozobrar... hizo el viaje, y nadie murió de aquello.

—Una vez en tierra, nos esplicaremos,—le respondí,—picado por el tonillo burlon con que me hablaba.

—¡Bah! ¡No pensemos en el regreso!

—Entonces, ¿creeis que tardaré mucho en bajar?

—¿Bajar?—dijo sorprendido.—¿Bajar? Comencemos primero por subir.

Y antes de poderlo yo impedir, tiró dos sacos de arena por encima de la barquilla, sin haberlos siquiera desocupado.

—¡Caballero!—esclamé encolerizado.

—Conozco vuestra habilidad,—respondio descaradamente el desconocido,—y vuestras brillantes ascensiones han metido mucho ruido; pero si la esperiencia es hermana de la práctica, tambien es algo prima de la teoría, y yo he hecho profundos estudios sobre el arte aerostático. Eso me ha trastornado la cabeza,—añadió tristemente y cayendo en una taciturna contemplacion.

El globo, despues de haberse elevado nuevamente, se quedó estacionario.

El desconocido consultó el barómetro, y dijo:

—Ya estamos á ochocientos metros. Los hombres parecen insectos. Mirad. Creo que deben siempre mirarse desde esta altura para juzgar sanamente sus proporciones. La plaza de la Comedia se halla transformada en un inmenso hormiguero. Contemplad cómo la muchedumbre se apiña en los pretiles y cómo se va volviendo pequeño el Zeil. Estamos sobre la iglesia del Dom. El Mein ya no es mas que una línea blanquecina que corta la ciudad y el puente de Mein-Brucke, se parece á un hilo cruzado sobre las dos orillas del rio.

La atmósfera se habia enfriado un poco.

—¡Nada hay que yo no hiciera por vos, huésped mio!—esclamó mi compañero.—Si teneis frio me quitaré la ropa y os la prestaré.

—¡Gracias!—respondí con sequedad.

—¡Bah! La necesidad es ley. Dadme la mano. Soy compatriota vuestro, os instruireis en mi compañía.

y mi conversacion os resarcirá del disgusto que os he causado.

Me senté, sin responder, al otro lado de la barquilla. El jóven habia sacado de su chaqueton un cuaderno voluminoso. Era un trabajo sobre la aerostática.

—Poseo—me dijo—la coleccion mas curiosa de estampas y caricaturas que se han hecho sobre nuestras manías aéreas. ¡Cuán admirada y cuán escarnecida ha sido á un tiempo, tan preciosa invencion! Afortunadamente ya no estamos en la época en que los Montgolfier trataban de hacer nubes artificiales con vapor de agua, y fabricar un gas atestado de propiedades eléctricas, que producian quemando paja mojada y lana desmenuzada.

—¿Quereis, pues, rebajar el mérito de las invenciones?—respondí tomando ya mi partido.—¿No es cosa grande haber probado esperimentalmente la posibilidad de elevarse en los aires?

—¿Y quién niega, caballero, la gloria de los primeros navegantes aéreos? Se necesitaba un valor inmenso para elevarse con tan débiles aparatos, que solo contenian aire caliente. Pero os pregunto si la ciencia aerostática ha dado muchos pasos desde las ascensiones de Blanchard, es decir, desde hace un siglo. Mirad, caballero.

El desconocido sacó una estampa de su coleccion.

—Hé aquí—me dijo—el primer viaje aéreo emprendido por Pilatre des Rosiers y el marqués de Arlandes, cuatro meses despues del descubrimiento de los globos. Luis XVI se negaba á dar su consentimiento para el viaje, siendo dos sentenciados á muerte los primeros que debian intentar las espediciones aéreas. Pilatre des Rosiers se indignó de esta injusticia, y á fuerza de intrigas consiguió partir. Todavía no se habia inventado esta barquilla que facilita las maniobras, y alrededor de la parte inferior y estrecha de la montgolfiera reinaba una galería circular. Los dos aeronáutas tuvieron que estar, por consiguiente, sin moverse, cada uno en opuesto sitio de la galería, porque la paja mojada que la obstruia les impedia todo movimiento. Una hornilla con lumbre estaba colgada debajo del orificio del globo. Cuando los viajeros querian elevarse, echaban paja en ese brasero, con riesgo de incendiar la máquina, y el aire calentado daba al globo mayor fuerza ascensional. Los dos atrevidos navegantes partieron el 21 de noviembre de 1783 de los jardines de la Muette que el Delfin habia puesto á su disposicion. El globo se elevó magestuosamente, costeó la isla de los Cisnes, pasó el Sena por la barrera de la Conferencia, y dirigiéndose entre la cúpula de los Inválidos y la Escuela Militar, se acercó á San Sulpicio. Entonces los aeronáutas activaron el fuego, atravesaron el boulevard y descendieron mas allá de la barrera del Infierno. Al tocar el suelo el globo se aplastó y sepultó durante algunos instantes entre sus pliegues á Pilatre des Rosiers.

—¡Presagio funesto!—dije—interesado por esos detalles que me tocaban de cerca.

—¡Presagio de la catástrofe que mas tarde debia costar la vida al desventurado!—respondió el desconocido con tristeza.—¿No habeis esperimentado nunca una cosa semejante?

—¡Jamás!

—¡Bah! ¡Las desgracias bien pueden sobrevenir sin presagio!—añadió mi compañero.

Y se quedó silencioso.

Entre tanto avanzábamos hácia el Sur, y ya se habia alejado de debajo de nuestras plantas la ciudad de Francfort.

—Tal vez tendremos borrasca—dijo el jóven.

—Bajaremos antes—contesté.

—¡Tendria eso que ver! Vale mas que subamos, pues así nos libraremos mejor de la tempestad.

Y se fueron por el espacio otros dos sacos de arena.

El globo subió con rapidez y se detuvo á mil doscientos metros. Se dejó sentir un frio bastante intenso, y sin embargo los rayos solares dilataban el gas interior dándole mayor fuerza ascensional.

—No temais nada—me dijo el desconocido.—Tenemos tres mil quinientas toesas de aire respirable. Por lo demas, no os preocupeis de lo que hago.

Quise levantarme, pero una mano vigorosa me clavó en el banco.

—¿Vuestro nombre?—pregunté.

—¿Mi nombre? ¿Qué os importa?

—Os pregunto cómo os llamais.

—Me llamo Erostrato ó Empedocles, como querais.

Esta respuesta no era nada tranquilizadora.

El desconocido, por otra parte, hablaba con una sangre fria tan singular, que no sin inquietud discurrí quién y qué seria.

—Caballero—prosiguió—no se ha ideado nada de nuevo desde el físico Charles. Cuatro meses despues del descubrimiento de los glóbos, ese hombre capaz habia inventado la válvula que deja salir el gas cuando el globo está demasiado henchido, ó cuando se quiere bajar; la barquilla, que facilita la maniobra; la red, que envuelve el aparato y reparte la carga sobre toda su superficie; el lastre, que permite subir y escoger el sitio de desembarque; el baño de cautchuc, que da impermeabilidad al tejido; el barómetro, que indica la altura alcanzada. Por último, Charles empleaba el hidrógeno, que, catorce veces menos pesado que el aire, permite llegar á las capas atmosféricas mas altas, y no espone á los peligros de una combustion aérea. El 1.° de diciembre de 1783, trescientos mil espectadores se apiñaban alrededor de las Tullerías. Charles se elevó, y los soldados le presentaron armas. Recorrió nueve leguas en el aire dirigiendo su globo con una destreza que no han sobrepujado los aeronáutas actuales. El rey le dotó con una pension de dos mil libras, porque entonces se protegian las invenciones nuevas.

El desconocido me pareció entonces entregado á cierta agitacion.

—Yo, caballero—prosiguió—he estudiado y me he convencido de que los primeros aeronáutas dirigian sus globos. Sin hablar de Blanchard, cuyas aserciones pueden ser dudosas, Guyton-Morveaux, por medio de remos y timon, imprimió á su máquina movimientos sensibles y una direccion marcada. Ultimamente en París, un relojero, M. Julieu, ha practicado en el hipódromo esperimentos concluyentes; pues gracias á un mecanismo particular, su aparato aéreo, de forma oblonga, se ha dirigido manifiestamente contra el viento. M. Petrin ha imaginado reunir cuatro globos de hidrógeno, y por medio de velas dispuestas horizontalmente y en parte replegadas, espera obtener un rompimiento de equilibrio, que inclinando el aparato le trasmita una marcha oblícua. Tambien se habla de motores destinados á vencer la resistencia de las corrientes, por ejemplo: la hélice; pero ésta, al girar en un medio móvil, no dará resultado alguno. Yo, caballero, soy quien ha descubierto el único medio de dirigir los globos, y no he hallado una academia que me auxiliase, ni una ciudad que completase mi lista de suscricion, ni un gobierno que quisiera oirme. ¡Esto es infame!

El desconocido se debatia gesticulando, y la barquilla esperimentaba violentas oscilaciones. Me costó mucho contenerle.

Entre tanto el globo habia encontrado una corriente mas rápida y avanzábamos hácia el Sur, á mil quinientos metros de altura.

—Ahí está Darmstadt—me dijo el compañero inclinándose por fuera de la barquilla.—¿Alcanzais á



¡Caballero! esclamé encolerizado.

ver su castillo? ¿No muy claramente, verdad? ¿qué quereis? Ese color de borrasca hace oscilar la forma de los objetos y es necesaria una vista muy penetrante para reconocer las localidades.

—¿Estais cierto que es Darmstadt?—le pregunté.

—Sin duda; y estamos á seis leguas de Francfort.

—Entonces hay que bajar.

—¡Bajar! No pretendereis descender sobre los campanarios—dijo el desconocido riéndose.

—No: pero en las cercanías de la ciudad.

—Pues entonces huyamos de los campanarios.

Y al decir esto, mi compañero se apoderó de uno de los sacos de lastre. Me arrojé encima de él, pero me derribó, y el globo aligerado subió hasta dos mil metros.

—Estaos quieto—dijo—y no olvideis que Brioschi, Biot, Gay Lusac, Bixio y Barral han ido á mayores alturas á hacer esperimentos científicos.

—Caballero, es menes er bajar—repliqué tratando de convencerlo con buenos modos. Se está formando una tempestad alrededor de nosotros. No seria prudente...

—¡Bah! subiremos mas arriba que ella y no nos dará cuidado. ¡Qué hermoso es dominar esas nubes que amenazan á la tierra! ¿No es una honra navegar de ese modo sobre las olas aéreas? Los personajes mas encumbrados han viajado como nosotros. La marquesa y la condesa de Montalembert, la condesa de Podenas, la señorita La Garde, el marqués de Montalembert partieron desde el arrabal de San Antonio hácia estas ignotas playas y el duque de Chartres desplegó mucha destreza y presencia de ánimo en su ascension de 15 de julio de 1784. En Lyon, los condes de Laurencin y de Dampierre; en Nantes M. de Luynes; en Burdeos, d'Arbelet des Granges; en Italia, el caballero Andreani, en nuestros dias el duque de Brunswik, han dejado en los aires la huella de su gloria. Para igualar á esos grandes personajes es necesario subir mas alto que ellos en las profundidades celestes. Acercarse al infinito es comprenderlo.



Coutelle se elevó desde la llanura de Jumet y se estuvo en observacion.

La rarefaccion del aire dilataba considerablemente el hidrógeno del globo, y estaba yo viendo que su parte inferior, que habia quedado vacía de intento, se iba llenando, haciendo indispensable la apertura de la válvula; pero mi compañero no parecia estar decidido á dejarme maniobrar á mi gusto. Resolví, pues, tirar de la cuerda sin que lo percibiera mientras le veia entretenido con la conversacion, pues ya recelaba yo acertar con quién tenia que habérmelas. Lo que yo temia era muy horrible. Era próximamente la una menos cuarto. Cuarenta minutos habian trascurrido desde nuestra salida de Francfort, y por la parte del Sur llegaban á contraviento unos densos nublados que amenazaban envolvernos.

—¿Habeis perdido toda esperanza de hacer triunfar vuestras combinaciones?—le pregunté con interés... muy interesado.

—¿Toda esperanza?—respondió sordamente el desconocido. Herido por las repulsas, las caricaturas, esas coces de asno, han acabado conmigo. Es el eterno suplicio reservado á los innovadores. Ved las caricaturas de todas las épocas que guardo en mi cartera.

Mientras que mi compañero hojeaba sus papeles, me habia apoderado de la cuerda de la válvula sin que lo advirtiera. Era de temer, sin embargo, que le llamase la atencion el agudo silbido semejante al ruido de un chorro de agua que produce el gas al escaparse.

—¡Cuantas bromas se han gastado con el abate Miolan!—dijo.—Tenia que elevarse con Janninet y Bredin. Durante la operacion, el fuego se comunicó á su montgolfiera, y un populacho ignorante la destrozó. Y despues la caricatura de los animales curiosos les trocó sus nombres por apodos ultrajantes.

Tiré de la válvula y el barómetro comenzó á subir. Ya era tiempo, pues se escuchaban hácia el Sur algunos truenos.

—Ved esa otra estampa—repuso el desconocido sin advertir mis maniobras.—Es un inmenso globo que se lleva un buque, fortalezas, casas, etc. Los caricaturistas no pensaban que sus sandeces habian

de ser verdades algun dia. Ese navío es completo: á la izquierda el timon con alojamiento para los pilotos; en la proa casas de recreo, órgano gigantesco y cañon para servir de aviso á los habitantes de la luna ó de la tierra; encima de la popa el observatorio y el globo-chalupa; en el círculo ecuatorial el alojamiento del ejército; á la izquierda el fanal y luego las galerías superiores para los paseos, las velas y las aletas; por debajo los cafés y el almacen general de víveres. Admirad este soberbio anuncio: «Inventado »para la felicidad del género humano, este globo sal»drá sin tardanza hácia las escalas de Levante, y á »su regreso anunciará sus viajes, lo mismo para los »polos que para las estremidades del Occidente. No »hay que cuidarse de nada; todo está previsto y todo »marchará bien. Habrá una tarifa exacta para todos »los puntos de pasaje, pero los precios serán igua»les respecto de las mas apartadas regiones de nues»tro hemisferio, á saber: mil luises por cualquiera »de dichos viajes. Y puede decirse que esta suma es »módica, teniendo en cuenta la celeridad, comodi»dad y distracciones de que se gozará en este globo; »distracciones que no se encuentran en la tierra, »puesto que en él habrá todo lo que cada cual ima»gine. Esto es tan cierto, que en el mismo sitio, los »unos bailarán y los otros se estarán quietos; éstos »se regalarán bien y aquellos ayunarán; todo el que »quiera entretenerse con gente de ingenio, encon»trará con quien hablar; todo el que sea bestia no »carecerá de compañía. Así es que el placer será el »alma de la sociedad aérea.» Todas estas invenciones han hecho reir... pero si mis dias no estuviesen contados, no tardaríamos en ver convertidos en realidades todos esos proyectos en el aire.

Estábamos visiblemente bajando y no lo advertia.

Ved esa especie de juego de globos—proseguia—desplegando á mi vista algunas de aquellas estampas que tenia coleccionadas. Este juego contiene toda la historia del arte aerostático. Es para uso de los espíritus levantados y se juega con dados y fichas cuyo precio se fija y que se pagan ó reciben segun la casilla á donde se llega.

—¿Segun veo—le dije—parece que habeis estudiado profundamente la ciencia de la aerostacion?

—Sí señor, sí. Desde Faetonte, desde Icaro, desde Architas, todo lo he investigado, todo compulsado, todo aprendido. El arte aerostático prestaria grandes servicios al mundo si Dios me diera vida, pero esto no sucederá.

—¿Por qué?

—Porque me llamo Empedocles ó Erostrato.

Entre tanto el globo se acercaba afortunadamente á tierra; pero cuando se cae, el peligro es tan grave á cien pasos como á cinco mil.

—¿Os acordais de la batalla de Fleurus?—repuso mi compañero, cuyo rostro se iba animando. En esta batalla organizó Coutelle, por órden del gobierno, una compañía para el servicio de globos. En el sitio de Maubeuge, el general Jordan obtuvo tales ventajas de este nuevo método de observacion, que dos veces al dia, y con el mismo general, Coutelle se elevaba por los aires. La correspondencia entre el aeronauta y los que retenian el globo, se verificaba por medio de banderas blancas, encarnadas y amarillas. Con frecuencia se dispararon cañonazos y tiros contra el globo, pero sin resultado. Cuando Jourdan se preparó para el asedio de Charleroi, Coutelle se fué cerca de la plaza, se elevó desde la llanura de Jumet y se estuvo en observacion siete ú ocho horas con el general Morlot, lo cual sin duda contribuyó á darnos la victoria de Fleurus. Y en efecto, el general Jourdan proclamó en alta voz los servicios que le proporcionaron las observaciones aeronáuticas. Pues bien, á pesar de estos servicios y de los prestados durante la campaña de Bélgica, aquel mismo año terminó la carrera militar de los globos. Y la escuela de Meudon, fundada por el gobierno, fue cerrada por Bonaparte á su regreso de Egipto. Y sin embargo, ¡cuánto no podia esperarse del niño que acababa de nacer! El niño habia nacido viable—dijo Franklin—y no debieron ahogarle.

El desconocido dobló la frente sobre sus manos, estuvo meditando algunos instantes, y luego, sin levantar la cabeza me dijo:

—Caballero, á pesar de mi prohibicion habeis abierto la válvula.

Solté la cuerda.

—Afortunadamente—añadió—todavía poseemos trescientas libras de lastre.

—¿Cuáles son vuestros proyectos?—dije entonces.

—¿No habeis cruzado nunca por encima de los mares?—me preguntó.

Palidecí.

—Es de sentir—continuó—que nos vemos impelidos hácia el mar Adriático. No es mas que un arroyo; pero mas arriba hallaremos tal vez otras corrientes.

Y sin mirarme soltó algunos sacos de arena y luego dijo con voz amenazadora:

—Os he dejado abrir la válvula porque la dilatacion del gas amenazaba reventar el globo; pero que no os vuelva á suceder.

Y prosiguió en los términos siguientes:

—Ya conoceis la travesía de Deuvres á Calais que hicieron Blanchar y Jefferies. Es magnífica. El 7 de enero de 1785, con viento de Noroeste, el globo fue henchido de gas en la costa de Douvres. Apenas comenzaban á elevarse cuando un error de equilibrio les obligó á tirar lastre para no caer, y solo conservaron treinta libras. Era muy poco, porque no arreciando el viento, avanzaban con suma lentitud por las costas de Francia. Además, la permeabilidad del tejido iba poco á poco vaciando el globo, y al cabo de hora y media los viajeros advirtieron que bajaban.

—¿Qué hacemos?—dijo Jefferies.

—Solo estamos á tres cuartas partes del camino—respondió Blanchard—y poco elevados. Subiendo, encontraremos quizá vientos mas favorables.

—Tiremos lo que quede de arena.

El globo tomó alguna fuerza ascensional, pero no tardó en bajar. A la mitad del viaje, los aeronautas se deshicieron de libros y herramientas. Un cuarto de hora despues, Blanchard dijo á Jefferies:

—¿El barómetro?

—Sube. Estamos perdidos, y sin embargo, ahí está la costa de Francia.

Se oyó un espantoso ruido.

—¿El globo se ha rasgado?—dijo Jefferies.

—No. La pérdida de gas ha dejado vacía la parte inferior; pero seguimos bajando. Estamos perdidos. Abajo todo lo inútil.

Las provisiones de boca, los remos y el timon se tiraron al mar. Los aeronautas ya no estaban mas que á cien metros de altura.

—Volvemos á subir—dijo el doctor.

—No, es el impulso causado por la disminucion del peso. ¡Y no hay un solo buque á la vista, ni se ve barca alguna en el horizonte! Al mar nuestra ropa.

Los desgraciados se desnudaron, pero el globo seguia bajando.

—Blanchard—dijo Jefferies—debíais haber hecho el viaje solo. Habeis consentido en llevarme. Yo me sacrificaré. Me voy á tirar al agua y el globo subirá.

—¡No, no! eso es horrible.

El globo seguia vaciándose, y su concavidad, sirviendo de pararayos, apretaba el gas contra la cubierta y aumentaba la salida.

—Adios, amigo mio—dijo el doctor—Dios os conserve.

Iba á retirarse cuando Blanchard lo detuvo diciendo:

—Nos queda un recurso. Podemos cortar las cuerdas que sostienen la barquilla y agarrarnos á la red. Tal vez el globo subirá. Estemos preparados..... Pero..... el barómetro baja. Estamos subiendo. El viento arrecia. Nos hemos salvado.

Los viajeros divisaron la ciudad de Calais. Su regocijo fue un delirio. Algunos instantes despues, se apeaban en el bosque de Guines.

—No dudo—añadió el desconocido— que en semejante circunstancia imitaríais el ejemplo del doctor Jefferies.

Las nubes se iban desplegando á nuestra vista en masas deslumbradoras. El globo proyectaba dilatadas sombras sobre aquel nublado y parecia cercado de una aureola. El trueno retumbaba por debajo de la barquilla. Todo esto era espantoso.

—Bajemos—esclamé.

—¡Bajar! cuando el sol nos está ahí arriba aguardando. ¡Abajo los sacos!

Y el globo quedó aligerado en mas de cincuenta libras.

A tres mil quinientos metros estuvimos estacionarios. El desconocido hablaba sin parar. Yo estaba completamente postrado, cuando él parecia vivir en su elemento.

—Con buen viento, iremos lejos—esclamó.—En las Antillas hay corrientes de aire que andan cien leguas por hora. Cuando Napoleon se coronó, Garnerin lanzó un globo iluminado con vasos de colores á las once de la noche. El viento soplaba del Nornoroeste. Al dia siguiente al amanecer los habitantes de Rouen saludaban su paso por encima de la cúpula de San Pedro. Iremos mas lejos y mas arriba.

Apenas podia yo escuchar. Todo zumbaba en torno mio. Apareció una claridad entre las nubes.

—Ved esa ciudad—dijo el desconocido.—Es Espira.

Me incliné hácia afuera y ví un pequeño bulto negruzco. Era Espira. El Rin, tan ancho, se parecia á una cinta desenvuelta. Por encima de nuestra cabeza, el cielo era azul oscuro. Los pájaros nos habian abandonado desde mucho antes, porque en aquel aire enrarecido su vuelo es imposible. Estábamos solos en el espacio y yo en presencia del desconocido.

—Es inutil que sepais adónde os llevo—dijo entonces—y arrojó la brújula al espacio.—¡Ah! ¡qué hermosa es una caida! Ya sabeis que se cuentan pocas víctimas desde Pilatre des Rosiers hasta el teniente Gale, y que siempre son debidas las desgracias á la imprudencia. Pilatre des Rosiers partió con Romain, de Boloña, el 13 de junio de 1785. De su globo de gas habia colgado una montgolfiera de aire caliente, á fin de libertarse sin duda de la necesidad de perder gas ó tirar lastre. Era poner una hornilla encendida debajo de un barril de pólvora. Los imprudentes llegaron á cuatrocientos metros y se vieron sobrecogidos por vientos opuestos que los llevaron al mar. Para descender, Pilatre quiso abrir la válvula del globo, pero la cuerda se enredó y rasgó el aparato de tal modo que se vació en un instante. Cayó sobre la montgolfiera, la hizo dar vueltas y arrastró á los infortunados que se destrozaron en pocos segundos. Esto es espantoso ¿no es verdad?

No pude responder mas que estas palabras:

—¡Por piedad, bajemos!

Las nubes nos oprimian por todas partes y se cruzaban sobre nosotros atronadoras detonaciones que se repercutian en la cavidad del globo.

—Me impacientais—esclamó el desconocido—y no volvereis á saber si subimos ó bajamos.

Y el barómetro fué á unirse con la brújula acompañado de algunos sacos de lastre. Debíamos estar á cinco mil metros de altura. Algunos carámbanos de hielo se adherian ya á la barquilla, y una especie de nieve fria me penetraba hasta los huesos. Y entre tanto estallaba bajo nuestras plantas una horrible tempestad, pero estábamos mas altos que ella.

—No tengais miedo—me dijo el desconocido.—Solo los imprudentes son víctimas. Olivari, que pereció en Orleans se elevaba con una montgolfiera de papel; su barquilla, colgada debajo de la hornilla y lastrada con materias combustibles, fue presa de las llamas. Olivari se cayó y se mató. Mosment se elevaba en Lilla sobre una meseta ligera; una oscilacion le hizo perder el equilibrio. Mosment se cayó y se mató. Bittorf en Manheim vió que su globo de papel se inflamaba en los aires: Bittorf se cayó y se mató. Harris subió en un globo mal construido cuya válvula demasiado grande no pudo cerrarse: Harris se cayó y se mató. Sadler, privado de lastre por su larga permanencia en el aire, se vió arrastrado hácia la ciudad de Boston y tropezó con las Chimeneas: Sadler se cayó y se mató. Coking descendió con un paracaidas convexo que consideraba como una perfeccion: Coking se cayó y se mató. Pues bien, yo las amo á esas víctimas de su imprudencia y moriré como ellas. ¡Mas arriba! ¡Mas arriba!

Todos los espectros de esa necrología pasaban delante de mi vista. El enrarecimiento del aire y los rayos del sol aumentaban la dilatacion del gas, haciendo que el globo siguiera subiendo. Intenté maquinalmente abrir la válvula, pero el desconocido cortó la cuerda á algunos piés sobre mi cabeza. Estaba yo perdido.

—¡Habeis visto caer á madama Blanchard?—me dijo.—¡Yo la he visto, yo! ¡Sí, yo! Me encontraba en el Tívoli el 6 de julio de 1819. Madama Blanchard se elevaba en un globo pequeño para ahorrar gastos de gas, y se veia obligada á henchirlo del todo. A consecuencia de eso el gas se escapaba por el apéndice inferior dejando un rastro de hidrógeno. Llevaba colgada de un alambre una especie de aureola de fuegos artificiales que tenia que encender. Habia repetido muchas veces este esperimento. Aquel dia llevaba además un pequeño paracaidas lastrado con un juego de pólvora terminado en bola con lluvia de plata. Debia dejar caer este aparato despues de haberlo inflamado con una lanza de fuego preparada á este fin. Partió. La noche estaba sombría. En el momento de encender su juguete, tuvo la imprudencia de hacer pasar la lanza de fuego por la columna de hidrógeno que se escapaba del globo. Yo tenia la vista clavada sobre ella De repente un resplandor inesperado alumbra las tinieblas. Creí que era una sorpresa que la entendida aeronauta nos daba. El resplandor creció, desapareció de pronto y reapareció en la parte superior del globo en forma de un inmenso chorro de gas inflamado. Esta claridad siniestra se proyectaba sobre el boulevard y todo el barrio de Montmartre. Entonces ví que la infeliz se levantaba y trató dos veces de comprimir el apéndice del globo para apagar el fuego, despues se sentó en la barquilla é intentó dirigir su descenso, porque no caia. La combustion del gas duró muchos minutos. El globo, achicándose mas y mas, seguia bajando, pero no era una caida. El viento soplaba del Noroeste y lo impelió sobre París. Entonces en las inmediaciones de la casa número 16 de la calle de Provence habia inmensos jardines. La aeronauta podia caer allí sin peligro. Pero ¡fatalidad! El globo y la barquilla tropiezan con el tejado de la casa. El choque fue ligero. ¡Socorro! gritó la desdichada. Llegué entonces á la calle. El aparato se deslizó por el tejado, encontró un garfio de hierro, y el sacudimiento producido arrojó á madama Blanchard fuera de la barquilla y la precipitó sobre el piso de la calle. Madama Blanchard se mató.

Esas historias me helaban de horror. El descono-



El loco habia desaparecido en el espacio.

cido estaba de pié con la cabeza descubierta, el pelo erizado, la vista estraviada.

No habia ilusion posible. Por fin veia yo la horrible verdad. Tenia que habérmelas con un loco.

Tiró lo que quedaba de lastre y lo menos debimos subir á nueve mil metros de altura. La sangre me salia por la nariz y la boca.

—¿Hay algo mas bello que los mártires de la ciencia?—esclamaba el insensato. La posteridad los canoniza.

Pero yo no oia nada. El demente miró en torno suyo y se arrodilló poniéndose al alcance de mi oido.

—¿Y la catástrofe de Zambeccari, la habeis olvidado? Escuchad. El 7 de octubre de 1804, el tiempo se serenó al parecer algun tanto. En los dias precedentes la lluvia y el viento no habian cesado, pero la ascension anunciada por Zambeccari no podia aplazarse. Sus enemigos se mofaban de él y era necesario emprender la subida para librarse á sí mismo y salvar á la ciencia de la rechifla pública. Esto sucedia en Boloña. Nadie le ayudó á llenar el globo. Subió á media noche acompañado de Audreoli y de Grossetti. El globo ascendió lentamente, porque estaba agujereado por la lluvia, y el gas se escapaba. Los tres intrépidos viajeros no podian observar el estado del barómetro sino con la linterna sorda, y Zambeccari no habia comido nada en veinticuatro horas. Grossetti estaba tambien en ayunas.

—Amigos mios—dijo Zambeccari—el frio me acongoja y estoy cansado. Voy á morir.

Cayó sin aliento en la galería. Lo mismo sucedió con Grossetti. Andreoli era el único que estaba despejado. Despues de prolongados esfuerzos, logró sacar á Zambeccari de su entorpecimiento.

—¿Que hay de nuevo? ¿A dónde vamos? ¿De dónde viene el aire? ¿Qué hora es?

—Son las dos.

—¿Dónde está la brújula?

—Derribada.

—¡Gran Dios! ¡La bugía de la linterna se apaga!

—Es que ya no puede arder en este aire enrarecido.

La luna no habia salido y la atmósfera estaba sumida en un tenebroso horror.

—¡Tengo frio, tengo frio! Andreoli ¿qué haremos?

Los desgraciados descendieron lentamente al través de una capa de nubes blanquecinas.

—¡Chut!—dijo Andreoli—¿Oyes?

—¿Qué?—respondió Zambeccari.

—Un ruido singular.

—Te engañas.

—No.

Ved á esos viajeros en medio de la noche, escuchando ese ruido incomprensible. ¿Van á tropezar con una torre? ¿Van á ser precipitados sobre los tejados?

—¿Oyes? Parece el ruido del mar.

—Imposible.

—Es el bramido de las olas.

—Es verdad.

—¡Luz! ¡Luz!

Despues de cinco tentativas infructuosas, Andreoli consiguió luz. Eran las tres. El rumor de las olas se oian entonces con violencia. Tocaban casi la superficie del mar.

—¡Estamos perdidos!—gritó Zambeccari y se apoderó de un gran saco de lastre.

—¡Favor!—gritó Andreoli.

La barquilla tocaba el agua, y las olas les cubrian el pecho.

Al mar los instrumentos, la ropa, el dinero.

Los aeronáutas se desnudaron completamente. El globo aligerado se elevó con espantosa rapidez. Zambeccari tuvo un vómito considerable. Grossetti sudó mucha sangre. Los desgraciados no podian hablar por lo angustioso de su respiracion. El frio los sobrecogió y se vieron cubiertos en un instante por una capa de hielo. La luna les parecia roja como sangre.

Despues de haber recorrido aquellas altas regiones durante media hora, la máquina volvió á caer al mar. Eran las cuatro de la mañana. Los náufragos tenian la mitad del cuerpo en el agua, y el globo haciendo vela, les arrastró durante algunas horas.

Al amanecer se encontraron frente á Pessaro á cuatro millas de la costa. Iban á llegar cuando un golpe de viento los repelió al alta mar.

Estaban perdidos. Las barcas espantadas huian de ellos. Por fortuna un navegante mas instruido fué á su encuentro, los recogió á bordo y desembarcaron en Ferrada.

Viaje espantoso ¿no es verdad? Pero Zambeccari era un jóven enérgico y valiente. Apenas repuesto de sus padecimientos, volvió á emprender sus ascensiones. Durante una de ellas tropezó en un árbol su lámpara de espíritu de vino se derramó por la ropa, se vió envuelto por las llamas y su máquina comenzaba á encenderse cuando pudo apearse medio quemado.

Por último, el 21 de setiembre de 1812, hizo otra ascension en Boloña. Su globo se encendió en un árbol y su lámpara volvió á incendiarlo. Zambeccari cayó y se mató.

—Y ante estos hechos—añadió el desconocido—¿todavía hemos de vacilar? No. Cuanto mas arriba subamos, mas gloriosa será la muerte.

Aliviado nuestro globo de todos los objetos que contenia, fuimos elevados á altura simposibles de apreciar. El globo vibraba en la atmósfera. Al menor ruido parecia que estallaban las bóvedas celeste. Nuestro globo, único objeto que fijaba mi vista en la inmensidad, estaba á punto de aniquilarse, y encima de nosotros las alturas del estrellado firmamento se perdian en las profundas tinieblas.

Ví que el individuo se puso en pié ante mi, diciendo:

—Esta es la hora. Es menester morir. Los hombres nos desechan y desprecian. Aplastémoslos.

—¡Gracia! grité.

—Cortemos estas cuerdas. Abandonemos esta barquilla al espacio. ¡La fuerza atractiva cambiará de rumbo y nos iremos al sol!

La desesperacion me galvanizó. Me arrojé sobre el loco, anduvimos agarrados entablándose una tremenda lucha; pero fuí derribado y mientras que me aseguraba con la rodilla, se puso á cortar cuerdas de la barquilla.

—Una... dijo.

—¡Dios mio!

—Dos... tres...

Hice un esfuerzo sobrehumano, me levanté y repeli con violencia al insensato.

—Cuatro... esclamó.

La barquilla cayó pero yo me habia agarrado por instinto á las cuerdas del globo y trepé hasta las mallas de la red.

El loco habia desaparecido en el espacio.

El globo fue elevado á una altura incomensurable y se oyó un terrible crugido. El gas, demasiado dilatado habia rebentado la cubierta. Cerré los ojos.

Algunos instantes despues, me reanimó un calor húmedo. Me encontraba en medio de nubes encendidas. El globo giraba con un vértigo espantoso. Cogido por el viento andaba cien leguas por hora en su curso horizontal y los relámpagos se cruzaban en su rededor.

No era, sin embargo, mi caida muy precipitada. Cuando abrí los ojos, ví la campiña. Estaba á dos millas del mar y el huracan me impelia impetuosamente hácia las olas cuando un sacudimiento brusco me hizo soltarme. Mis manos se abrieron, por ellas se deshizo rápidamente una cuerda y me encontré en tierra.

Era la cuerda del ancla que barriendo la superficie del suelo, se habia agarrado á una grieta, y mi globo, aligerado de nuevo, fué á perderse mas allá de los mares.

Cuando recobré el sentido me encontré acostado en casa de un aldeano, en Hardewick, pequeña poblacion de Gueldres, á 15 leguas de Amsterdan á orillas del Zuiderreo.

Un milagro me habia salvado la vida, pero mi viaje no habia sido mas que una série de imprudencias cometidas por un loco y que yo no habia podido evitar.

Que esta terrible relacion, al instruir á mis lectores no desaliente á los esploradores de los rumbos atmosféricos.

FIN.

INDICE.

		Págs.
Capitulo I.	— Una noche de invierno.	5
II.	— El orgullo de la ciencia.	8
III.	— Una visita estraña.	10
VI.	— La iglesia de San Pedro.	13
V.	— La hora de la muerte.	15
	Un drama en los aires.	21

Sáenz de Jubera, hermanos, editores.—Campomanes, 10, Madrid.

BIBLIOTECA SELECTA CONTEMPORÁNEA

La novela ha llegado á ser la más humana, y por lo tanto la más universal forma del arte bajo su aspecto literario. Ultima en el orden cronológico, se ha colocado al frente de las demás, y marcando el progreso de los pueblos modernos, revela al mismo tiempo su madurez y su cultura.

Víctor Hugo ha dicho que en una gota de agua cabe el Océano. En la novela cabe el mundo entero, y lo que es más grande que el mundo, la conciencia humana.

La verdad, la realidad, pero realidad y verdad artísticas, la vida tal cual es cuando se piensa, cuando se siente, cuando se sufre, cuando se goza; en una palabra, cuando funciona el alma, no cuando la materia sólo ofrece interés al químico ó al médico: éste es el cuadro que buscan con avidez los lectores ilustrados de los tiempos actuales.

La Biblioteca Selecta Contemporánea, al formar una colección con las creaciones de este género que produzcan los novelistas contemporáneos nacionales y extranjeros, se propone atender á esta justa exigencia del progreso moderno.

OBRAS PUBLICADAS

	Pesetas.
J. Claretie.—*Los Millones,* un tomo.	2
A. Saulière.—*La Pecadora,* un tomo.	2
J. Peyrebrune.—*La Señorita de Tremor,* un tomo. . .	2
A. Ghislanzoni.—*Emilia Redenti* (Historia de una prima donna).	2
J. Mary.—*Un casamiento á viva fuerza,* un tomo.	2
— *Los Amores en París,* un tomo.	2
— *El Beso,* un tomo.	2
— *Un Casamiento extraño,* un tomo.	2
— *La Charca de las Corzas,* un tomo.	2
— *El Secreto de Rouquín,* un tomo.	2
— *La Prórroga,* un tomo	2
— *Honor por Honor,* un tomo	2
C. Merouvel.—*El Divorcio de la Condesa,* un tomo. . . .	2
— *Teresa Valignat,* un tomo.	2
M. Lara.—*El señor de Pérez.*	2

Teniendo en preparación otras obras, que anunciaremos oportunamente.

Sáenz de Jubera, hermanos, editores.—Campomanes, 10, Madrid.

Biblioteca Ilustrada, Científica y Literaria.

OBRAS PUBLICADAS

A. Laurie. Los Desterrados de la Tierra	*Cuaderno 1.º*—	**Una peseta.**
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
» » »	*Cuaderno 3.º*—	»
» » »	*Cuaderno 4.º*—	»
A. Daudet. Cuentos escogidos para la Juventud.	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
» » Tartarín de Tarascón. .	*Cuaderno 3.º*—	»
H. Malot. Román Kalbris	*Cuaderno 1.º*—	»
» »	*Cuaderno 2.º*—	»
Benedict. La Madona de Guido Reni	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
» » »	*Cuaderno 3.º*—	»
E. Legouvé. Nuestros hijos	*Cuaderno 1.º*—	»
» »	*Cuaderno 2.º*—	»
Stevenson. La Isla del Tesoro	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
J. Sandeau. La Roca de las Gaviotas	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
A. Laurie. De New-York á Brest en siete horas. .	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
A. Daudet. Roberto Helmont	*Cuaderno 1.º*—	»
» »	*Cuaderno 2.º*—	»
C. Dickens y W. Collins. El Abismo	*Un cuaderno.*—	»
A. Daudet. Treinta años de París	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»
A. Daudet. Recuerdos de un hombre de letras. . .	*Cuaderno 1.º*—	»
» » »	*Cuaderno 2.º*—	»

Teniendo en preparación otras obras de tan notables autores como A. Laurie, A. Daudet, Stevenson, Benedict, Malot, E. Legouvé, etc., etc.

Esta *Biblioteca*, de la misma forma y tamaño que la de las obras de Julio Verne, publica todos los meses uno ó dos cuadernos de 64 páginas, con buen papel, esmerada impresión y magníficas ilustraciones.

Cada obra completa tiene como máximum cuatro cuadernos, y se vende al precio de una peseta cada uno.

Las condiciones de venta de esta *Biblioteca* para los señores Corresponsales de esta Casa, son las mismas que tenemos establecidas para las obras de Julio Verne.

OBRAS DE EDMUNDO DE AMICIS

	Pesetas.
1870-71.—Recuerdos	3
La vida militar.—*Bocetos: 1.ª serie.*	3
La vida militar.— *Nuevos bocetos: 2.ª serie*	3
Páginas sueltas	3
Retratos literarios	3
España	3 50
Efectos psicológicos del vino.— *Conferencia*	1
Italia.—*Dos tomos*	6
Los amigos.—*Tres tomos*	9
Poesías.—*Traducidas en verso castellano*	3 50
Impresiones de América.—*Acuarelas y dibujos*	3
Turin, Londres y París.—*Edición corregida y aumentada*	2 50
Ideas sobre el rostro y el lenguaje, y pruebas fotográficas.—*Con cuatro fotograbados de Laporta*	3
Constantinopla.—*Dos tomos*	5
Novelas	3
Corazón (Cuore).—*Diario de un niño, con prólogo de «Fernánflor»*	3 50
Holanda	4
Marruecos	3 50
En el Océano.—*Viaje á la Argentina, con una carta-prólogo del mismo autor*	4
Idem id. encuadernado en tela	4 50